

JOSÉ
BALZA

PERCUSIÓN

PRÓLOGO DE
TONI MONTESINOS

FRAGMENTO



Paréntesis

Colección Orfeo

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodedos, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ

Campo de minas, CÉSAR ROMERO

Tierra raya, ANTÓNIO TRINIDAD

Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ



José Balza nació en el Delta del Orinoco (Venezuela). Trabaja en la Universidad Central de Venezuela. Narrador y ensayista, ha denominado «ejercicios» a toda su obra.

En la novela sus títulos comprenden *Marzo anterior* (1965), *Largo* (1968), *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar* (1974), *D* (1976), *Percusión* (1982), *Medianoche en vídeo: 1/5* (1988), *Después Caracas* (1995) y *Un hombre de aceite* (2008). Dentro de sus libros de cuentos destacan: *Órdenes* (1970), *La mujer de espaldas* (1986), *La mujer porosa* (1997), *Un Orinoco fantasma* (2000), *Caligrafías* (2004), *El doble arte de morir* (2008). Ha publicado además numerosos ensayos: *Este mar narrativo* (1960-1987), *Iniciales* (1989), *Espejo espeso* (1997), *El bolero: canto de cuna y de cama* (2002), *Observaciones y aforismos* (2005), *Ensayos crudos* (2006) y *Pensar a Venezuela* (2008).

Premio Nacional de Literatura de su país en 1991, hay relatos suyos traducidos al italiano, francés, inglés, alemán, hebreo y otras lenguas.

Fragmento de muestra de *Percusión*

«El hombre más bello es quien llega desde el lugar más lejano» dices al verme, como si yo hubiera partido ayer, como si este encuentro no ocurriese con cuarenta años de separación. Miro el valle y sus volcanes, casi idénticos a los de antes, apenas cambiados por la nueva disposición de la ciudad. Así dices, hablando a este hombre viejo que regresa, magro y suspicaz en comparación con tu voz jugosa y tu seguridad solar. Así hablas o así quiero escuchar: y justamente entonces, al sonar tu voz (o al emitirla yo), mientras llego, después de andar durante tantos años, después de haber vivido afuera mil detalles imborrables; al cruzar la frontera vegetal, esta calle secundaria frente a los volcanes, yo advierto cómo, en minutos, mi anciano cuerpo se endurece, crudo y viril, y retorna su juventud, su anterior fortaleza. Porque al oírte soy yo quien habla, mientras el paso cerca de los volcanes devuelve mi existencia al punto exacto en que la dejé al partir. Puedo ser el más bello puesto que vengo del otro lado del mundo, pero tú eres el eterno, porque me conviertes en ti y contigo el cuerpo vuelve a la salud y al esplendor. Me dispongo a buscar mi casa, contigo, y paso a ser tú: el otro, de larga memoria, juvenil.

Hace un instante, desde la propia Estación Central, introduje el equipaje en un taxi aéreo y lo remití a mi borroso domicilio. Allá lo encontraré. Al quedar libre de incomodidades, quise ingresar a pie al centro de la ciudad, quise caminar desde la Estación como de manera ritual, kilómetro tras kilómetro, deteniéndome y asombrándome cada vez: al frotar la realidad con mis recuerdos. Así lograría, pensé yo, enamorarme de la presencia actual de la ciudad, entrar a ella con los sentidos. Dejé detrás la Estación: vi las

calles que conducirían a mi barrio; atravieso la plaza de Caranat, antes de tomar por ellas. Me detengo ante los grandes edificios que se orientan hacia el este: y la montaña, con los volcanes laterales, ocupa el centro de la imagen. Abandoné este lugar cuando tenía veinticinco y regreso a él cuarenta años después. El panorama de audaces construcciones, sorprendidas, hinca algo profundo, que sólo halla consuelo inmediato cuando percibo las seguras formas de la montaña y los volcanes. En ellos realmente encuentro la bienvenida; por ellos reconozco que he regresado.

Pero entonces algo ocurre desmesuradamente: los lentos pasos de hombre mayor han atravesado la plaza, y tomo ya las callejuelas de mi barrio, cuando intuyo que el cambio inminente no pertenece únicamente a lo urbano, que invade células y huesos. Confundo la agilidad gradual de esos pasos y el vigor de la sangre con la emoción del regreso: por volver a transitar los sitios de mi juventud. Un minuto va a establecer la diferencia entre quien llegaba y quien surge de sí mismo.

En la garganta tengo un eco, dislocado: una olvidada frase, un refrán escuchado al azar en Szamarkand («El hombre más bello es quien llega desde el lugar más lejano»), viene a ser dicho roncamente por mí, y se convierte en tu solemne, burlón saludo de bienvenida. Tú lo recitas, lo extraes del recuerdo; me entregas sus palabras como si no hubiesen llegado hasta aquí traídas por mi imaginación. Y es entonces, delirante, cuando en algunos rostros claves —ya en mi calle familiar— empiezo a hallar las pruebas de la metamorfosis, el testimonio de mi cambio de edad.

El taxi aéreo adelanta mi equipaje; ahora veo tiendas, nuevos edificios, gente extraña, desórdenes. Y en este barrio de infancia, en las caras de aquí, tengo los primeros indicios exteriores de haber rejuvenecido: gente muy vieja me saluda, como en otras épocas, como si nunca hubiese salido, como si volviera a tener veinticinco años. En el primer momento respondo con naturalidad: si ellos son mayores, también yo debo serlo. La vejez nos une. ¿Por qué no habrían de reconocerme? Nuestros tiempos fueron paralelos aunque

yo estuviera lejos. Pero en seguida uno de ellos grita: «¡Muchacho, regresaste!» y veo mis manos sólidas, la piel untuosa. Nada me cuesta aceptar que el tiempo va a borrarse en mí. Estoy entrando al valle de los volcanes y en un momento de tal tránsito, la vejez se disuelve. No sólo soy el más bello por venir de lugares remotos, sino por haber desobedecido al tiempo.

La metamorfosis se inicia y yo avanzo hacia mi casa. Todo está ocurriendo en un minuto: mi vida se desintegra para tornarse tuya, mi historia anterior quedará reducida a pocas palabras, a esas que ya voy diciéndote: comienzo realmente a ser tú —yo mismo, otra vez joven— y lo único que puedo ofrecerte es la fábula en que, todavía, me reconozco: las imágenes de mi existencia. Por eso, aceleradamente, al cambiar, te hablo: intento fijar algunos hechos, zonas de la memoria, algo que desde este minuto pertenece a ti y que habiendo sido mío no quiero dispersar en el olvido. Te hablo, al cambiar, mientras aún tengo ocasión de decirme: un hombre desigual huyó desde los volcanes de Caranat hacia el mundo incontable; ha vivido más de sesenta años y, como en el dibujo misterioso de una cúpula de Szamarkand, vuelve a ser joven cuando toca la tierra de su infancia. No importa lo que su atomizado cuerpo haya de sentir: postergables serán el placer, la obnubilada visualidad del vértigo; desvirtuado el doloroso renacimiento; no importa, en fin, lo que esto signifique: sólo interesa para él la comparación. Quizá siempre supo que sucedería cuanto ahora ocurre, y por ello volvió. Quizá imagina que es joven para pensar una vez más su fracaso y sus triunfos.

Si tuviera que contar esa historia (aunque ya tú la conoces, aunque algo me hace temer que la olvides), adelantaría con las primeras frases el punto menos creíble: la transfiguración, el cambio de edad. Adelantaría ese detalle —el más sorprendente— para que toda la narración perdiera interés. Nadie, excepto yo mismo, podría seguir un argumento cuyo desenlace ya conoce: el maravilloso accidente que devuelve a un hombre hacia su juventud. Accidente que también terminaría por carecer de suspenso: ocurre y en nada cambia el pensamiento del protagonista; ocurre, y él sólo acierta a frotar entre

sí las fases de su existencia, como en un tratado de multiplicidades o como en los viejos secretos para la memoria labrados por Giordano Bruno. Pero es innecesario contar: me extraviaría al hacerla. Fui el viejo, el doble; no me importa el cambio sino la causa que lo produjo: el filo donde una forma psíquica se funde a otra, donde ambas se oponen (o se igualan) con tal intensidad, que alteran lo transcurrido, la fricción. ¿Venía yo tan feliz en aquel momento para que el dolor del otro produjera el relámpago? ¿O era la desolación de esta madurez cuanto debía ser destruido por mí mismo, joven? ¿Debió ser únicamente un fenómeno de afectividades o mi culto a la inteligencia? ¿Cómo explorar el secreto? Oyéndome. ¿Oyéndome?

Aún dura ese desconcertante minuto del cambio. Y bajo esta vertiginosa inmovilidad, levanto el rostro, veo cómo desde el este, al atravesar las más audaces vías de tránsito, aparece como un cuerpo a punto de temblar: se eleva, irregular, sobre edificaciones y vehículos. Sus primeros estratos son simplemente verdes: zonas de matices, hojas intraducibles, y caminos delgados. Más alto, órdenes del violeta; nieblas. Se intuye que allí habitan serpientes y dudosas especies de insectos, pero su quietud impone ánimos serenos, indicaciones de reflexión que la gente no se atreve a escuchar. Más arriba, un fragmento de seno toca las nubes. El sol levanta ese pico y a la vez lanza el poder del cerro hacia el valle. Es la gran montaña, la más amada. Su sensualidad severa no invade únicamente los ojos, también penetra la piel, los vientres. Por las noches atraviesa el cielo, con una velocidad de beso. Es la primera, en mi colección de montañas. Es la de aquí, la del regreso. Cuando detuve, en la Estación, al taxi y lo remití con la dirección de mi casa (poco antes de que tú saludaras con el hermoso refrán: «El hombre más bello es quien llega...»), y cuando inicié la caminata del cambio fue para sentir la montaña en mi garganta, para probar el delicado y áspero sabor de sus colores: para beberla desde lejos. Había sido mi primera montaña, y cuarenta años después la veía, repetible, de nuevo. El imposible acto de la imaginación encontraba en ella su réplica. Casi lloré. Antes, aquí, la concebí como única: porque para un hombre joven toda forma es

exclusiva. Amé en ella su serenidad y sus pliegues; su potencia para el ensueño sobre una ciudad desastrosa. Ella era tu nave hacia el cielo, de azul estable y divino. Esta montaña pertenecía a ti, a quien vuelves a ser: es tu piedra doméstica, segura. En cambio lo suyo, para mí, fue su forma. La trasladé a otros caminos, a otras lenguas. Soñé con sus ángulos bajo borracheras de licores desconocidos. Y viéndola ser ella en aquellas imágenes, supe que cada vez resultaba distinta: y que una montaña sólo existe por las otras: todas en la misma: formas del triángulo, vínculo de la tierra y el sol, escala para la mente y el sexo. Ahora, deslumbrado, comprendía que los grandes montes giraron conmigo por aquellos lugares para traerme de nuevo al cerro mío. En el Guayamurí, el Volcán de Agua o el Ararat se encierran una aspiración y una duda del espíritu: o la fuerza de la tierra: y todos están conmigo aquí, amada montaña de Caranat. Saberlo, haber entendido hoy cómo una visión se ajusta a las otras, quizá tenga que ver con mi metamorfosis. La montaña soy yo, y ella no se alteró durante esta ausencia; volvemos a ser los mismos. Mis volcanes, alrededor, callan y duermen; la montaña habla con su frescura y su piel de humo traduce mi vida.

Cuanto *una* montaña pueda decir (colores, agudeza, misterios zoológicos) pertenece a ti; yo, aunque estoy volviendo a esta, ya no logro detenerme en una sola: el multiplicador lenguaje de los montes esconde el código de mi propia vida: desde la engañosa concreción con que miraba a los veinte años, pasando por las urdimbres herméticas que creí encontrar a los cincuenta, hasta el vacío que intuyo en la tierra hoy, ya envejecido. Iré mostrándolas una a una: para cada pirámide natural tendré un rostro, y te lo daré. También tendré un viaje o algún concepto. No sé qué me darás tú, muchacho, que dejaste disolver tu imagen de los veinticinco años, durante décadas de inexistencia, hasta encontrarnos ahora. No sé qué me darás a cambio de mis montañas y mis dudas.

Traigo entonces para ti (o para ambos) la forma de una montaña: esta que de nuevo acabo de encontrar, y también algunos volcanes, otros montes. Quisiera situarlos, darles sus nombres y los

de aquellos seres a quienes se unen. Así podría decirte: Tcharentz y el Ararat; Harry y todos los cerros. Debo apresurarme: no sé si dispongo de toda tu vida para contarlo, para escucharme. Rehago, entonces, cada paso con férrea hilación: y en vez de montañas –pero con ellas– traigo, para ti que me desconoces desde los veinticinco años, la extraña comunicación (¿mórbida?) entre Janneke, desde Den Haag, y Dorotea, en una aldea de América. Isidra, el doctor Domínguez, la guerra. No quiero adelantar nombres, y ya lo he hecho.

Al comienzo hubo una verdadera razón para mi viaje, para salir de aquí: Nefer, su riesgosa (por obsesiva) presencia; mi amor confiado y su alejamiento. El primer derrumbe. Después creí que solamente quería ganar dinero: la búsqueda de empleos sucesivos afirmaba tal intención. Pero ¿por qué no duraba en ninguno de ellos? ¿Por qué gastaba inmediatamente el salario en cosas, inútiles para los demás? ¿Por qué no insistía en las intrigas habituales de mis compañeros, para escalar confianzas y ganar más y dirigir después esas empresas? Tenía veinticinco años, abandonaba Caranat y mi país: era lógico que quisiera asentarme, ahorrar: pero no fue así. De un cargo a otro, oscuramente, pasé a extrañas nociones de soledad. Mucho tiempo tardé en admitir que no era el dinero mi objetivo. Los empleos podían servir para vivir con comodidad y nada más. Fue lentamente como adiviné que tantas confusiones y retrasos sobre mí mismo escondían otras brújulas, el peso casi doloroso de entender. La tortuosa ausencia de Nefer sólo podía ser llenada con una insaciable necesidad de explicaciones: sobre ella, sobre cada hecho. Si me desplazaba, si quería consumir simultáneamente cada noche en diversos sitios y con distintas personas, era porque el llamado de la realidad se imponía con singular poder. Creí que a todos ocurría igual. Pero cuando vi casarse a mis amigos, cuando noté cómo todos tendían a fijarse en cualquier grupo –matrimonio, oficinas, partidos políticos– acepté con cierto horror que yo estaba obsesionado por ser transitorio, por aspirar a todas las incertidumbres. Ahora reconozco que mi maldición tenía un nombre: el impulso de entender. Únicamente la más intensa cópula ha sido comparable –

para mí— con las milagrosas escalinatas del pensamiento. Saber: allí residía el peso que me arrastraba de un ser al nuevo, de un sabor a otro, de un continente a inesperadas oscuridades geográficas. Y en esa bruma alucinante de la movilidad, las montañas aparecían para llevarme al recuerdo de este monte dejado atrás y para celebrar su rito estable entre la tierra y los cielos.

Alrededor del mundo, como el Ararat no verás más blanca cima...

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**